

Los días azules

Por María Isabel Abad

En la zona nororiental la gente pertenece al mundo; madrugaba, trabaja y se ríe. Cuando no llora se carcajea

A parte de dar la pelea diaria que en la zona nororiental de Medellín existe por reemplazar un Estado que esporádicamente hace presencia, la historia de un hombre de allá es igual a la historia de todos los hombres, como dice Whitman: se despiertan, se arreglan, se asombran y se enojan.

Un niño sube la calle empinada dándole la espalda a toda la ciudad derramada en el valle. El niño que se llama Ramón Antonio, como su abuelo en Uramita, pasa de una casa a otra comprando reciclaje, para que las chatarrerías envíen los vidrios a Peldar, los pliegos de cartón a Cartón de Colombia, y los latones a Simesa. Todo se procesa o se funde según el caso y así comienza el ciclo producción-venta-consumo-reciclaje, que cierra Ramón Antonio por esas calles que son lomas, donde crecen en los antejardines de las casas curazaos como en las Antillas, plátanos como en Santa Marta y cafetos como en Chinchiná, mientras cantan los gallos como si todo el día hubiera que despertar gente.

El día empieza a las 7:00 a.m. con un concierto de rejas que por la noche amarraron al piso con un candado y que temprano remangan hacia arriba, anunciando con la bulla del metal, la economía de tienda que dura doce horas en movimiento.

Los negocios y la vivienda se confunden en una misma casa que parece construida con los cánones de arquitectura japonesa: optimizando espacios en una propiedad horizontal más alta que ancha, que va aumentando estatura según la cantidad de inquilinos. Por eso no hay casi techos de dos aguas ni en tejados, porque eso significaría estancar el crecimiento del edificio y cerrar la posibilidad de usufructuar el aire, que se vende al mejor postor, ya sea para un billar, una peluquería, una venta de empanadas, una familia o un misántropo que se encierra y no sale más.

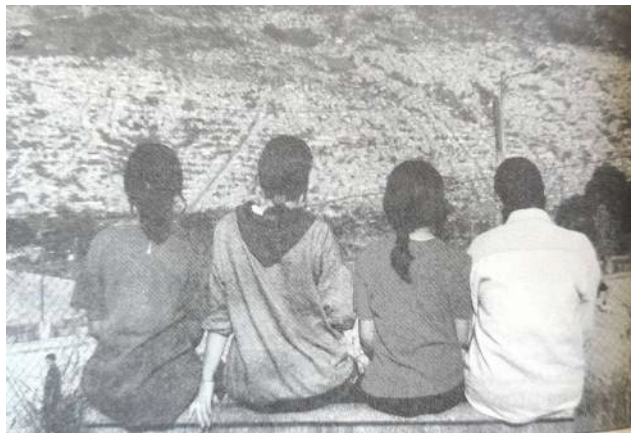
A las 7:30 a.m. hierven las calles de gente, las cafeterías de actividad y las esquinas de corrillos, comentando lo que pasó por la noche, porque muchas cosas

Manía viene de maní. Todo parece indicar

pasaron por la noche. Luego se disuelven los pequeños grupos y se van los hombres a buscar contratos temporales en las construcciones o de ambulantes vendedores al centro, y las mujeres se van como empleadas domésticas o contratadas por el sector industrial. Otras, que creen decididamente en el futuro, buscan posibilidades en la educación y salen, muchas salen, a validar el bachillerato y a unirse a procesos que llaman comunitarios.

Los que trabajan en las fábricas y los celadores, empezaron el día cuando estaba de noche, en los buses que están en constante circulación. Hay flotas que el tránsito no ha autorizado y que se cooperativizan para lograr los permisos y así poder llegar a los lugares más inasequibles de la montaña, a los que no suben los otros por el desgaste del motor. Están también los colectivos que son carros particulares que cobran al pasajero 1.000 pesos por la bajada al centro y los sábados trabajan el doble, para llevar a los que van a los billares y a comprar tenis y a las que bajan a medirse la moda de turno.

A las 11 a.m. empieza a oler a plátano maduro y los ruidos son variados y de todos los volúmenes; suena la olla pitadora, los anuncios del vendedor de ropa y cosas, que pasa de casa en casa vendiendo a cuotas, el ruido que hacen los del partido de fútbol que ponen de arquero a uno que lo asaltó un infarto, después de una sobredosis de brandy en el año nuevo. Suenan los secadores de todas las peluqueras que se formaron en su mayoría en la escuela Mariela y que a los hombres últimamente motilan al estilo estadio, que es un círculo en bajo relieve en la coronilla, y a las mujeres les hacen el peinado Beverly que es haciendo como una S con las puntas de las pelilargas. Suenan los comentarios de las señoras que cosen punto de cruz, que entre



puntada y puntada las revuelcan los recuerdos de la infancia en San Jerónimo y los olores de las cocinas de Apartadó. Suenan las campanas, dentro de la iglesia el padre predica y afuera se venden otros dioses por poco precio. Se oyen los golpes de los tacos en los billares donde Radio Mía canta todo el día, chillan los serruchos en las carpinterías, explotan las papeletas cuando acierta con puntería el que está jugando tejo, se oye cómo cortan de un tajo la carne en la plaza de mercado alrededor de la cual se forma cada barrio, se oye el grito de

victoria de uno de los muchos tahúres. Los niños hacen el juramento a la bandera mientras los maestros hacen la huelga y dejan constancia con aerosol en las paredes que es 23 de Marzo, al lado de un graffiti que dice “Marina por qué me dejaste solo si yo sí te quería”. Se oye en un patio que adoptaron como estudio fotográfico, los disparos de la cámara. Y en general ellos se la pasan mirándolas a ellas todo el día y ellas se dejan hacer toda la noche. –Cocadas y mazamorra– grita otro que viene subiendo y una jauría de niños se baja a perseguirlo.

A las 6 p.m. se le empieza a ver la cara a la noche; si es sábado bajan en bandadas al centro o preparan en un fogón de leña la comida y todos como buenos vecinos empiezan a bailar igual tango, vallenato o trance; si es domingo llegan con los plásticos que recogieron en el Estadio para venderlos la siguiente semana y, si es martes o jueves se preparan para ir al parque Gaitán a hacer aeróbicos.



Y así pasan los días; vuelven y se cierran las rejas de metal con un ruido estrepitoso para amarrarlas con candados al piso, sale la luna, baja la temperatura y el dueño del negocio sube a la planta de arriba de la casa a ver noticias y novelas, a acostar a su hijo Ramón Antonio, que por las mañanas es reciclador y por la tarde va a la escuela, y que

esa noche sueña largo y a color con su abuelo en el pueblo, con los tenis nuevos, con los gallos y los cartones, con una niña que juega tejo, con las chicharras de Uramita dentro de los buses del Popular II, con la tarea sobre el himno nacional. Hasta que se despierta, se arregla, se enoja y se asombra como todos los hombres, mientras la ciudad sigue recostada al valle y él en esa montaña nororiental, todavía adormilado por el sueño que tuvo, confunde el silencio del campo que traía en la memoria de antes, con todos los sonidos que cruzan su pedazo empinado de realidad.